

19. DOMINGO ORDINARIO A/2011

Las lecturas de este domingo nos hablan de la revelación de Dios y su propósito para nosotros. La primera lectura describe la fuga de Elías a la montaña Horeb en el encuentro de Dios. El contexto de esta fuga fue un conflicto entre el profeta y Jezabel, la reina y esposa del Rey Ahab. De hecho, Jezabel había introducido a dioses extranjeros en Israel y había ordenado al pueblo adorarlos. Para Elías, esta idolatría fue insoportable e él hizo que los profetas de Baal fueran matados con espada.

Por eso, la reina juró matar a Elías que escapó a la montaña del Señor a fin de salvar su vida y encontrar consuelo de parte de Dios. Porque Dios en el pasado se había revelado de manera espectacular, el profeta pensó que El aparecería en el viento, pero Dios no estaba allí. Luego, el terremoto vino, pero el Señor no estaba en el terremoto. Después vino un fuego, pero el Señor no estaba en el fuego. Finalmente, cuando vino una brisa suave, Dios estaba presente. Realizando la verdad, Elías cubrió su cara en signo de reverencia y adoración.

Lo que aprendemos de este texto es que la vida no es siempre cómoda y fácil. A veces, a fin de tener éxito, tenemos que protegernos de modo que el ideal para el cual luchamos no pueda morir en nosotros. Otra idea importante en el texto es la invitación que cuando el mal nos encuentra, deberíamos tener recurso a Dios, pero no esperar que Dios se encuentre en acontecimientos espectaculares, pero en los acontecimientos diarios de la vida y en el silencio de la oración.

Todo esto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy cuando Jesús viene al rescate de los discípulos asustados en el mar. De hecho, el Evangelio dice que después de haber despedido a la muchedumbre y de haber puesto los discípulos en el barco, Jesús fue encima de la montaña solo para orar.

El ejemplo de la oración de Jesús es una invitación que nosotros, también, debemos orar sin cesar en cada momento de nuestra vida. En todo que lo hacemos, deberíamos siempre crear el tiempo y el espacio necesario para ofrecer a Dios lo que hacemos. Por eso, deberíamos poner todas nuestras actividades en las manos de Dios para que El nos bendiga y nos envigore con su fuerza.

El evangelio dice también que después de haber vivido la noche en oración, Jesús vino hacia los discípulos en un momento crítico cuando el barco había sido sacudido por un viento fuerte y olas. En ese momento, los discípulos fueron espantados con tanto miedo que ellos pensaron que Jesús era un fantasma. Pero, el Señor los tranquilizó con su presencia y los invitó ser fuertes.

Este episodio quiere enseñarnos que en los momentos muy difíciles de la vida de los discípulos, Jesús siempre estuvo allí para ayudarlos y rescatarlos. Este episodio simboliza también nuestras propias luchas y crisis en la vida. Cuando las cosas no funcionan así como deseamos, cuando nos sentimos tan solos debido a las dificultades, las penas o las frustraciones, no estamos solos. Jesús está allí presente, tendiendo su mano para rescatarnos. Pero lo que necesitamos es abrir los ojos de nuestros corazones a fin de reconocerlo y confiar que hasta en aquellos momentos oscuros, El está presente.

Si es así, entendemos por qué Jesús reprocha a Pedro por su duda cuando El lo mandó a caminar sobre el agua. Este reproche significa que lo más difícil no son los acontecimientos o los problemas que vivimos, sino nuestra confianza en Jesús que en tiempo difícil, El puede salvarnos. En aquella perspectiva, la fe significa más que creer que Dios existe o que él haya creado al mundo. Este significa la confianza en el señor más allá de cualquier prueba. Por eso Jesús llama a Pedro como a alguien que tiene poca fe.

Lo que esto significa es que, aunque Pedro estaba rodeado por las olas y el barco en el cual él estaba con sus amigos estuvo a punto de hundirse, nada mal les pasaría.

De hecho, donde Jesús está presente, hay paz y serenidad. Él consuela y levanta en tiempos de dificultades. El problema, sin embargo, es que cuando somos abrumados por las tormentas de la vida, a menudo somos cegados por nuestro dolor y sufrimiento. Y aún, Jesús está allí, estirando su mano a fin de salvarnos. Él vive todos los sufrimientos de nuestra vida con nosotros.

Otra cosa es que hemos sido educados de tal modo que tenemos que contar con nosotros mismos y luchar nosotros mismos a fin de encontrar una solución a nuestros problemas. La verdad es que sería una ilusión pensar que podemos resolver solos todos los problemas de nuestra vida. Hay cosas que podemos hacer nosotros mismos; para algunos otros, necesitamos ciertamente la ayuda de Dios. No hay ninguna vergüenza en el reconocimiento de nuestra incapacidad o inhabilidad de resolver todos los problemas que tenemos. Por eso, es importante de tener coraje para llamar a Jesús en los momentos difíciles porque El nos ayude.

Es de esa manera que tenemos que apreciar la importancia de Jesús en nuestra vida y la del mundo y hasta por la vida de Israel, el pueblo de los que dieron la luz a Jesús. Como San Pablo dice, Dios ha dado muchas bendiciones a Israel. Él les dio todos los privilegios que alguien pueda desear en este mundo: la adopción, la gloria, la alianza, la Ley, el culto, las promesas, los patriarcas y el Mesías.

Sin embargo, a pesar de todas estas bendiciones, Israel había sido desagradecido e infiel. En vez de adorar a Dios verdadero, el pueblo dio vuelta a ídolos y olvidó la alianza. Cuando la promesa del Mesías se realizó en Jesús, ellos rechazaron a Cristo.

Es esta situación, por sus hermanos, que rompe el corazón de San Pablo. Esta situación dolorosa de San Pablo es lo que a veces experimentamos cuando nuestros propios miembros de la familia y parientes rechazan a Dios y prefieren conducir sus vidas sin Él. Hoy, nos recuerdan que tenemos que orar por ellos y amarlos. El mejor servicio que podemos darles es de guardarlos en nuestra oración ante Dios nuestro Padre sabiendo que un día, sus corazones puedan abrirse a la realidad del reino de Dios. ¡Que Dios los a bendiga todos!

1 Los Reyes 19, 9. 11-33; Romanos 9, 1-5; Mateo 14: 22-33



Fecha de la Homilía: el 07 de Agosto, 2011
© 2011 – Padre Felicien I. Mbala, PhD., STD
Póngase en contacto: www.mbala.org
El nombre de Documento: 20110807homiliapdf